

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—El año nuevo [poesía], por doña Emilia Serrano de Wilson.—Una corona de flores, por don José M. de Larrea.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de detalles.*

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XXXIV.



O! cuán bella es la religion, Julia, la religion en que hemos nacido, la religion de Jesucristo, síntesis de todo lo noble, de todo lo magnánimo y generoso, la religion que transforma al pobre hijo de la tierra en un arcángel de luz y de consuelo!

Ese marasmo del espíritu que ves en torno de tí, esa indiferencia en que están sumidas las grandes capitales, en donde rujen desencadenadas las malas pasiones, es solo superficial y ficticio; en el corazon de las masas halla todavía un eco ardiente el grito de religion; aun se electriza su alma al escuchar la voz del que sabe predicar con fé esa sublime doctrina, que responde á todas las necesidades del cielo y de la tierra, que tiene consuelo para todos los dolores, estímulo para todos los sacrificios, y que cobija con sus inmensas alas á toda la familia humana para convertirla en un solo individuo: un solo hijo, que postrado ante un solo Dios, le llama *padre*.

La unidad es la fuerza: la religion de Jesucristo no perecerá nunca, á pesar de todas las conmociones de la tierra. No! *Las puertas del infierno no prevalecerán jamás sobre las puertas de la Iglesia.* No! Los descreidos no nos arrancarán jamás esa salvadora égida que nos protege contra el vicio y el infortunio.....

No! no!.... El día en que lo intentasen, de todos los ángulos de la piadosa España se levantaria un grito tal de horror y reprobacion, que haria caer de las manos de los impíos el escalpelo innovador con que pretenden derrocar nuestras bellas, santas y amadas instituciones.

Los habitantes de Coria, como los de casi todas las aldeas, estaban subdivididos en infinitos partidos, y entre una casa y otra, se abria un abismo sin fondo, practicado por el odio tenaz y la implacable envidia. Entre unas cuantas familias, las mas ilustradas, existia una guerra sorda y sangrienta, cuyos trofeos eran aquellos campos yermos, aquellos mendigos hambrientos y haraposos.

Bastaba que uno de sus individuos plantase una viña, pera que los otros se complacieran en arrojar sus pámpanos al viento, prefiriendo esterilizar el sudor del pobre, á conceder un átomo de ventaja á su enemigo.

En un solo paraje se reunian, y se postraban, y oraban juntos; en el templo del Dios de misericordia infinita, que se afligiria al recibir aquellas plegarias, manchadas por el odio y la venganza.

El domingo siguiente á los sucesos que acabo de referirte, estábamos todos en la iglesia asistiendo al santo sacrificio de la misa, cuando D. Calisto subió al púlpito.

Yo no sé que extraño brillo tenían sus ojos; yo no sé qué invisible aureola ceñia su blanca cabellera; que solo al verle nos sentimos profundamente conmovidos. Le mirábamos, y no le conocíamos. Es que la fé y el entusiasmo se habian apoderado de su alma, transfigurando su semblante.

Habló: yo no sé lo que dijo porque no hablaba á la mente, hablaba al corazon, y cada una de sus pa-

labras le anegaba en un piélago de vivas, y desconocidas sensaciones.

Predicaba la paz: nos hacia una verídica pintura del estado de miseria y abyeccion en que se hallaba sumido el pais, por efecto del odio que dividia á las familias acomodadas: nos presentaba la necesidad imperiosa de una union, á cuya sombra pudiesen florecer por fin la industria y la agricultura, y procuraba hacernos comprender cuán dulce es la gloria de hacer bien y buscar en el bien la recompensa.

Y todo esto nos lo decia con acento fervoroso, aduciendo el ejemplo del Salvador del mundo, cuya efígie estaba allí, pendiente de la Cruz, y cuyas miradas parecian fijas en nosotros con una conmisericordia tierna y dolorosa.

Nos mostraba sus brazos, siempre abiertos, para recibir en ellos al pecador arrepentido; nos referia su milagrosa peregrinacion por la tierra, llamando á sí á los sábios y á los ignorantes, á los pobres y á los ricos, á los virtuosos y á los pecadores, para darles á todos igualmente el dulce nombre de hijos.

Luego nos pintó con los colores mas vivos su divina pasion, su sublime muerte....

—Védle! védle! decia, su cuerpo está destrozado, ensangrentado, moribundo, y sin embargo procura reunir sus fuerzas... quiere hablar por la vez postrera... qué es lo que dice? qué es lo que murmura?... Oh Padre! oh Redentor! oh Mártir santo! es que está bendiciendo á sus verdugos!...

D. Calisto hablaba así con el rostro inflamado: su voz era temblorosa, sus mejillas estaban inundadas de lágrimas...

Yo no sé lo que sentimos. Aquella emocion, como una chispa eléctrica, se comunicó á nuestros corazones. Todos los circunstantes se levantaron unánimes, corrieron á abrazarse unos á otros, y se pidieron unos á otros perdon de sus injurias.

Durante un momento, solo se oyeron en el templo voces trémulas que pronunciaban palabras de humildad y arrepentimiento, y el ruido de los ósculos fraternales que cambiaban entre sí los enemigos....

El esposo culpable pedia perdon de sus yerros á su ofendida esposa, el hijo desobediente á su padre, el amo á su criado....

Paz, fraternidad, perdon, olvido, estas eran las palabras que resonaban en todos los ángulos del templo, ahogadas por los sollozos de un júbilo divino....

Y luego, todos corrieron unánimes á postrarse ante el altar, para ofrecer el sacrificio de sus odios al Mártir sacrosanto, mientras el cura desde el púlpito estendia sus trémulas manos, invocando sobre ellos la bendicion del cielo!...

Oh! qué momento aquel! qué sublime instante!

Sí que es hijo de Dios, Julia, sí que es inmortal el sér á quien es dado sentir tan evangélicas y dulces emociones!...

Y cuando salieron del templo, salieron todos abrazados, y abrazados recorrieron las calles, y en las calles y en las plazas, y en el campo, se renovaron las dulces escenas de la iglesia.

Parecia que aquel pueblo hubiese resucitado. Los unos se dirigian hácia los otros, se preguntaban, se respondian, se felicitaban, como amigos que hubiesen vuelto á encontrarse despues de un largo y peligroso viaje.

A orillas del rio, en medio de un campo de flores, se elevaba un copudo olivo. Aquel árbol fué elegido como símbolo de la paz, y todos corrieron en tropel á adornar sus ramas con sus mejores preseas, sus mas bellas alhajas, sus joyas de mas precio.

Fué un convenio tácito, al cual todos unánimemente respondieron.

Aquellas alhajas vendidas, debian servir de fondo comun para emprender la grande obra.....

Los que nada poseian le adornaron con cintas y con flores.

Y despues por la tarde, debajo de su frondoso ramaje, improvisaron un banquete, al cual todos fueron invitados, ricos y pobres, y ricos y pobres bailaron juntos hasta que el sol se escondió en el ocaso, al son de las guitarras y panderetas, y entonando himnos á la paz, que sin duda los ángeles transcribirian en sus libros inmortales.

¡ Oh qué hermoso dia!

Aquella noche, Julia, el insomnio, el desasosiego y la tristeza, se vieron obligados á huir de Coria, cuyos habitantes, estoy cierta, que durmieron el sueño apacible y bienaventurado de los justos.

ÁNGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL AÑO NUEVO.

A....

El año sesenta y dos
Concluye, y el primer dia
Del nuevo con alegría
Muestra su risueña faz:
Como la cándida aurora,
Nace esplendente en albores,
Embellaciendo las flores
De la pradera feraz.

Es jóven y envuelto asoma
 En un manto de esperanza,
 Mas nuestra vista no alcanza
 Su intencion á descubrir;
 Dichas y goces refleja,
 En su semblante halagüño
 Y deleitable, risueño,
 Nos presenta el porvenir.

Madrid, con alegres ecos
 Exuberante de vida,
 Le canta la bienvenida
 Con arpa de alegre son;
 Y bulle y danza y se agita
 En continuo movimiento,
 Lleno de venal contento
 Su impetuoso corazon.

En sus lujosos bazares
 Los atentos mercaderes
 A hombres, niños y mujeres
 Despiertan antojos mil;
 Lindos trajes, ricas joyas,
 Dijes y adornos costosos,
 Compran amantes y esposos,
 Con un empeño febril.

Regala el enamorado
 A su bella prometida,
 Y el hermano á su querida
 Hermana obsequia tambien;
 Agasaja el buen amigo
 Al amigo, el hijo al padre,
 Y aquel á la tierna madre,
 Que es de su existencia el bien.

El pobre, el rico, el amante,
 El pariente y el extraño
 Al venir el nuevo año
 Se obsequian con frenesí:
 Y es justo que yo siguiendo
 Esta delicada moda
 Haga á mi vez una oda,
 Buen amigo, para tí.

Tal es la sencilla ofrenda,
 Tal la perla de Bassora,
 De que puede una cantora
 A su antojo disponer;
 Que no tiene otros bazares,
 Otro tesoro esplendente,
 Que de su musa la fuente,
 Dó penetrar á escoger.

Acepta, pues, esta gala,
 Fruto de mi pobre ciencia,
 Que es flor de cándida esencia,
 De amistad fiel espresion;

Joya nacida en mi alma,
 Mariposa de mi huerto,
 Palmera de mi desierto,
 Eco de mi corazon.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

UNA CORONA DE FLORES. (1)

Hace algunos dias que fuí á visitar el estudio de un pintor amigo mio. Encontré allí hermosos paisajes, bocetos lindísimos que representaban las mas admirables vistas de Suiza y de Italia, que mi amigo ha recorrido empapándose en el estudio de los grandes maestros; excelentes copias de los mejores cuadros que se admiran en los museos de Roma y de Florencia, y en fin, un buen cuadro de historia, original, destinado á la próxima exposicion de Bellas Artes. Pero todos aquellos lienzos que constituian una verdadera riqueza artistica, perdieron para mí su valor y dejaron de atraer mis miradas desde que mis ojos se fijaron en un pequeño boceto, colgado en un rincon, y medio oculto detrás de un gran caballete y de un maniquí, vestido con la clámide romana.

Era el retrato de una mujer jóven y bella. Era rubia y sus largos cabellos, negligentemente trenzados, caian sobre sus blancos hombros, sombreando los contornos de un cuello de cisne: ceñia su frente una corona de flores; pero aquella frente mas parecia pálida que blanca: sus rasgados ojos, entreabiertos apenas, brillaban de una manera estraña, y la sonrisa que queria animar aquel pálido rostro, era tan pálida como él. Habia en aquella corona de flores, en aquellos cabellos rubios, en aquel aspecto de fiesta, una mezcla indefinible de tristeza infinita, de sufrimiento supremo, que yo no acertaba á descifrar: quizá estaba triste el pintor cuando bosquejaba aquella cabeza, y su mano habia impreso en ella el sello de sus pensamientos; quizá no era un retrato, sino un capricho.

Mi amigo comprendió mi perplejidad, y, poniéndome una mano en el hombro, me dijo:

—¿Qué te parece ese retrato?

—Ah! ¿con qué en efecto es un retrato?

—Sí; el mas parecido que he pintado en mi vida.

—Pues te confieso que no lo entiendo. No hay en ese rostro nada alegre mas que las flores. No pensabas en una jóven adornada para un baile, cuando hacias ese boceto.

[1] Esta novelita es la última produccion que debimos á la pluma de nuestro malogrado amigo el Sr. D. José Maria de Larrea.

—Oh! seguramente que no! ¿No es verdad, amigo mio, que causa tristeza mirar ese retrato?... Pues lo que me recuerda es mas triste aun.

—Despiertas mi curiosidad, le dije.

—Voy á esplicártelo, me respondió. La primera vez que ví á esa jóven, fué en los Pirineos, en Aguas-Buenas: era huérfana, y confiada al cuidado de una tia anciana. Un amigo mio, Arturo D... que se encontraba tambien en los mismos baños, me presentó á las dos: Adela y él se habian criado juntos, y hacia mucho tiempo que existian proyectos de union entre las dos familias.

Adela era una criatura encantadora, dotada de un talento superior; sus palabras y hasta sus miradas tenian una gracia indecible: ya estaba muy enferma; pero su rostro, aunque pálido, conservaba todavía el brillo y la sávia de la juventud.

Al invierno siguiente volví á ver en Madrid á Adela en un baile. Cuando entré en el salon, walsaba con mi amigo Arturo: ¡si la hubieras visto entonces! cómo su rostro, sus ojos, su sonrisa, espresaban la dicha de vivir, cómo resplandecian sobre su frente sus diez y siete años, eclipsando la corona de flores que adornaba sus cabellos!

Despues del wals fui á saludarla y á dar la mano á Arturo.

—Cuánto me alegre, señorita, la dije, de encontrar á Vd. enteramente restablecida.

—Oh! sí, me respondió; las aguas me han probado muy bien: no me acordaria de que he estado enferma, si mi tia no me lo repitiera todos los dias... con objeto de impedirme que baile, añadió con una sonrisa casi infantil.

Algunos meses despues de aquella noche, vino Arturo á verme para despedirse de mí: iba á emprender un viaje á América, viaje que hacian indispensable sus asuntos demasiado embrollados.

Pasó algun tiempo, creo que un año. Una tarde, iba yo á salir de casa, cuando me entregaron una carta, en la cual no habia mas que estas palabras:

«La señora de *** suplica á Vd. encarecidamente que venga al momento á esta su casa, con todo lo necesario para pintar: se agradecerá á Vd. que no pierda un instante.»

Tomé al momento mi caja de colores, mis pinceles y un lienzo pequeño, y me dirigí á la casa de donde me dirigian aquella carta. Estábamos en el corazon del invierno, y cuando llegué habia cerrado enteramente la noche. Una criada vieja me abrió, diciéndome en voz baja:

—Entre Vd., señorito; pero ande quedito por Dios; la hace tanto daño el mas pequeño ruido!

Entré, y nunca podré olvidar lo que ví entonces.

Me hallaba en una alcoba virginal; cruzábanse en las ventanas largos cortinajes blancos, y el lecho

estaba igualmente rodeado de blancas colgaduras de muselina, que dejaban entrever un Crucifijo de marfil, destacándose sobre un fondo de terciopelo carmesí.

Apenas habia yo dado algunos pasos en la habitacion, cuando oí una voz débil, que decia:

—¿Es él?

—El mismo, señorita, respondió la vieja.

Estaba yo cerca del lecho, y ví entonces levantarse con trabajo sobre las almohadas un rostro pálido y marcado por el sufrimiento; la mirada opaca, las mejillas hundidas. Sentí que un frio glacial me penetraba hasta la médula de los huesos: tenia delante la misma jóven que habia encontrado en los Pirineos y despues en un baile! ¡Es posible, me dije á mí mismo, que esta flor tan fresca y tan lozana haya podido marchitarse tan pronto!

—Doy á Vd. gracias por haber venido, me dijo, tendiéndome una mano, húmeda con el sudor de la fiebre; yo soy quien ha hecho que escriban á Vd., porque me he acordado que es Vd. amigo de Arturo. Ya sabe Vd. que Arturo debia ser mi esposo á la vuelta de su viaje; Dios lo ha ordenado de otro modo. Cúmplase su voluntad, ¡yo me resigno á ella sin murmurar! ¡Pobre Arturo! ya no le veré mas: cuando vuelva ya no estaré aquí; pero he querido dejarle siquiera un recuerdo mio, y hé aquí por qué le he hecho á Vd. venir. Francisca, añadió dirigiéndose á la anciana criada, encienda Vd. todas esas bujías; esta alcoba está casi á oscuras.

—Pero señorita, la luz la hace á Vd. daño!

—No importa; y además, es preciso que este caballero vea á pintar.

—Adela, dije yo entonces, sabe Vd. que estoy á sus órdenes á todas horas; pero no seria mejor esperar...

—¡Esperar! repitió ella lentamente, ah! no puedo!

—Cuando se halle Vd. restablecida, porque va usted á cansarse...

—Ah! sí, comprendo; ¿no se atreve Vd. á reproducir este rostro tan pálido y tan ajado por la enfermedad? Es un triste recuerdo para dejarle á un amigo!.... ¡Pero aun puedo sonreír, aun puedo animarme!

Hablando así se quitó su papalina, y sus largos cabellos rubios cayeron sueltos sobre sus hombros.

—Francisca, añadió, trenza mis cabellos, ya sabes, como en otro tiempo, cuando iba con Arturo al baile.

—Pero, señorita...

—Oh! Francisca, yo te lo suplico! repitió con una voz tan dulce y trémula á la vez, y juntando sus pobres manecitas enflaquecidas, que la anciana no se atrevió á responder y se puso á trenzar los rubios cabellos de la jóven alrededor de sus sienes; pero mientras lo hacia lloraba en silencio la antigua criada: la enferma sonreía dulcemente.

—Bien, está bien, dijo al fin, así es como me peinabas... Dáme ahora esa corona de flores, que no he vuelto á ponerme desde que él se marchó, y acércame ese espejo.

Aquí se detuvo mi amigo, conmovido por un recuerdo que le oprimía el corazón.

—¿Comprendes, continuó después de algunos segundos, todo lo que tendría de triste semejante espectáculo? Aquella pobre niña, tan próxima á la muerte, tan débil, tan ajada, casi sin fuerza y sin voz, en lucha con el mal cruel que la consumía, arreglando ante un espejo una corona de flores sobre su frente, y mezclándolas con los rubios rizos de sus cabellos, era una cosa que me desgarraba el corazón. Aquella apariencia de fiesta contrastaba tan dolorosamente con todo lo que la rodeaba! En vano quería dar á su mirada otro brillo que el de la fiebre; en vano quería obligar á sus descoloridos labios á que disimulasen con una sonrisa sus sufrimientos. Aquello hacía llorar!

—Estoy bien así? no es cierto? me dijo con una voz entrecortada por la debilidad, y sentándose sobre su lecho.

Y yo... yo no pude responderla, porque las lágrimas hubieran ahogado mi voz; pero tomé mi clarion, mis pinceles, casi maquinalmente, sin saber lo que me hacía, y me puse á pintar: mi mano temblaba al compás de los latidos de mi corazón.

Entretanto ella se mantenía sentada sobre su lecho, fuerte por su voluntad, fuerte por su amor; pero de vez en cuando las contracciones de su rostro revelaban toda la terrible violencia que tenía que hacerse; sus manos debilitadas, sobre las cuales se sostenía, no podían soportar el peso de su cuerpo. Temblaba; pero sus labios sonreían siempre... Yo no podía pintar: aquella niña tenía más valor que yo.

—Señorita, la dije varias veces, usted se cansa, usted padece, lo veo... Y los pinceles se me cayeron de las manos.

—No, no, respondía con voz tan débil, que apenas las palabras llegaban á mi oído. No deje Vd. sus pinceles; pinte Vd., pinte de prisa.

Y la pobre niña estrechaba convulsivamente la colcha entre sus manos y se sostenía apenas moribunda, aniquilada; pero sonriendo... sonriendo siempre...

Recogí mis pinceles y continué pintando.

La lucha de aquella pobre criatura contra el dolor y la enfermedad era sublime: la vida del alma dominaba á la vida del cuerpo, y solo dejaban sus labios de sonreír para murmurar estas palabras:

—Pinte Vd., pinte Vd. pronto!

Llegó un instante en que la fuerza y la vida la faltaron á un tiempo: inclinó la cabeza sobre el pecho y cayó de su frente la corona de flores.

Arrojé el pincel y me precipité á socorrerla.

Estaba muerta!

Al grito que yo di entonces, la criada, que estaba en un rincón del aposento, acudió también.

—Oh! Dios mío! exclamó, ha espirado!

Permanecí algunos minutos silencioso y arrodillado. Después, mientras la anciana cubría con un velo blanco aquel rostro inanimado, me alejé rápidamente llevándome mi comenzado boceto.

Mi amigo había dejado de hablar.

—Y Arturo? le dije.

—Ah! no me hables de él, exclamó mi amigo; lo que me resta que contarte, no es la parte menos triste de este doloroso recuerdo. Hace quince días que vino aquí á verme; ignoraba yo su regreso. No me atrevía á hablarle de aquel cruel acontecimiento; pero él, al mismo tiempo que hablaba de su viaje, de sus locuras, de mil futilidades, se interrumpió para decirme:

—Ah! ¿sabes que aquella pobre Adela, á quien te presenté en Aguas-Buenas, ha muerto? Pobre muchacha! y era joven...

Continuó luego hablando de su viaje y del cuadro que yo pintaba en aquel momento.

Afortunadamente no vió el retrato; comprenderás que no se le dí: hubiera sido una profanación!

(Traducción.)

JOSÉ M. DE LARREA.

TEATROS.

Hoy es el último día del año. Hoy nos despedimos todos del que nos ha causado pesares y alegrías, temiendo al que mañana comienza porque no sabemos si para nosotros será amigo ó enemigo. Al encontrarnos en la situación en que hoy nos encontramos, dirigimos involuntariamente hácia atrás una mirada indagadora en cuantos asuntos nos interesan, deseosos de saber si el año que se va ha sido benigno ó contrario en esos mismos asuntos. Semejantes consideraciones generales son aplicables también á la materia teatral, por más que el año cómico sea diferente del civil, y debíamos por lo tanto hacer una reseña retrospectiva, para manifestar si ha producido ó si ha sido estéril la literatura dramática en el período que hoy acaba; pero semejante trabajo nos impediría hablar de las obras estrenadas en las fiestas que atravesamos.

Como de todos es sabido, la época de Pascuas, esto es, desde Nochebuena á Reyes, es la señalada tradicionalmente por gran número de familias para recorrer los teatros madrileños, de los cuales no se acuerdan, pasada aquella, hasta el año inmediato. Esta inmemorial costumbre trae consigo otra no menos antigua por parte de las empresas, y es la de po-

ner en escena nuevas producciones dedicadas exclusivamente al gusto de la mayoría de la concurrencia. Y como este gusto no suele ser el más exquisito, y como la principal necesidad es la de *divertirse*, hé aquí que por cumplir tales previas condiciones suelen salir las obras no muy ajustadas á las reglas de una discreta composición. Pero de esto nadie se extraña. Los autores mismos reconocen los defectos que dimanar de aquella necesidad.

Pasemos ahora una ojeada ligera á todos los coliseos, para consignar las obras estrenadas durante los presentes días. Aunque ya nombramos algunas en la anterior revista, las reproduciremos aquí; con el fin de reunir en un solo cuadro todas las novedades ofrecidas al público.

Teatro de la ZARZUELA.—Por la tarde se ha representado una farsa lírico-dramática titulada *¡La señora del sombrero! ó ¡El sombrero de la señora!* consta de cinco cuadros en verso, y ha sido arreglada del francés por D. Carlos Frontaura. El título, la lista de los personajes que en ella figuran, y la calificación de farsa que su autor le da, son bastantes datos para juzgar de la índole y pretensiones de pasatiempo de esta producción. La música, que no es mucha, ha sido escrita con mediana fortuna por D. Luis Cepeda. La ejecución es muy poco feliz.

Por la noche se sigue haciendo *El secreto de una dama*, original de D. Luis Rivera, con música de don Francisco Asenjo Barbieri. Como ya dijimos en nuestro anterior artículo el éxito alcanzado por esta zarzuela, que tiene condiciones muy aceptables, no tenemos hoy para qué repetir nuestras palabras.

Teatro del CIRCO.—La obra estrenada en la función de la tarde se llama *Aventuras de un joven honesto*. También por este título se puede venir en conocimiento de la calidad de la zarzuela. Ésta no tiene en efecto, como aquel augura, más fin que el de hacer reír. Lo consigue realmente, pero á costa de la discreción y el buen sentido en más de una escena. El libreto es de D. Mariano Pina, y la música de D. Manuel Fernández Caballero. El desempeño de esta zarzuela es también propio de la ocasión.

La obra ejecutada por la noche es *Un trono y un desengaño* de que ligeramente hablamos en el número pasado. Ya saben nuestras lectoras que deja bastante que desear, á pesar de haber concurrido á su composición cuatro autores, uno cómico y tres músicos. Sin embargo, ha proporcionado esta zarzuela buenas entradas.

Teatro del PRINCIPE.—Por la tarde se ha hecho una comedia arreglada del francés, titulada *La manzana de la discordia*. Tiene tres actos, está escrita con soltura y gracejo, y abunda en chistes. Su arreglador se llama D. José Nuñez Tavira, residente en París según dice un periódico. El público se divirtió mucho con esta comedia.

Por la noche se ha estrenado otra, tomada también del francés por D. Manuel Ortiz de Pinedo. Llámase *Corregir al que yerra*, y consta igualmente de tres actos en prosa. Esta producción es apreciable y es oída con gusto.

En el coliseo de que vamos hablando se ha estrenado además una linda pieza en un acto y en verso, *Receta contra las suegras*. Es original de D. Manuel Juan Diana, escritor distinguido que hacía mucho tiempo no se presentaba en la escena. Esta pieza ha obtenido un éxito sumamente lisonjero.

Teatro de VARIIDADES.—*El Suplicio de Tántalo*, comedia en tres actos, original de D. Emilio Mozo de Rosales, ha hecho la función de la tarde. Tiene poco asunto, pero abunda en chistes, y consigue su objeto de hacer reír. Parece escrita con soltura y facilidad.

Por la noche se ha estrenado una comedia de don José Picon, titulada *La corte de los milagros*, en tres actos y en verso. Es una obra notable. Tiene en su abono un pensamiento moral de importancia, muy difícil de desenvolver; escenas verdaderamente cómicas, tipos bien dibujados y cosecha abundante de chistes.—Ha sido bien desempeñada, en particular por D. Julian Romea.

Teatro de LOPE DE VEGA.—En las funciones de tarde se ha ejecutado la comedia arreglada del francés por D. Carlos Frontaura, titulada *Los criados*, que ya nombramos en la revista precedente. Su éxito ha sido regular.

La obra de la noche ha sido un drama original del señor Larra, nominado *La primera piedra*, en tres actos y en verso. Aunque no perfecto, tiene escenas interesantes y pasajes bien versificados; pero su carácter sentimental y lastimero le ha hecho poco simpático al público. La ejecución de este drama ha dejado por lo general mucho bueno que desear.

Del coliseo de NOVEDADES no podemos hablar por no haber asistido á ninguna representación.

Tal es el resumen de las obras estrenadas durante la Navidad. Como son tantas y de diversos autores, no sabemos si habremos cometido involuntariamente alguna equivocación en nombres ó títulos. En la inmediata reseña hablaremos en particular de alguna de dichas obras, pues nada nuevo tendremos á la sazón que consignar. Y con esto nos despedimos de nuestras amables lectoras, deseándolas un año nuevo lleno de felicidades.

DIEGO DE RIVERA.



MODAS.

La apertura de los salones no tendrá lugar hasta principios del año entrante, siendo muy contados los que en los días de Pascua han abierto sus puertas á un círculo reducido y de intimidad.

En cambio los teatros han estado concurridos con un lleno en tardes y noches, y en sus palcos se han ostentado trajes de tanto gusto como novedad.

En el REAL, los vestidos blancos están en mayoría, tanto en tarlatana y telas ligeras, como en muaré y otras de seda. Uno hemos visto, noches pasadas, de grós blanco, adornado el bajo de la falda de volantes de tarlatana, encañonados y puestos en ondas, de los que el mas bajo subia formando delantal: la berta, con el mismo guarnecido, formaba punta por delante y por detrás, con una roseta en el talle y otra en cada hombro. La manga corta se componia de dos volantes como los de la falda. El talle hacia un poco de punta, con anchos cabos, flotantes por detrás.

En el mismo palco vestia otra señora un traje de muaré, color de caña, con berta cruzada de encaje negro.

En los demás teatros, hemos visto tambien algunos trajes distinguidos, y aunque no sean ya objeto de novedad, se ven algunas zuavas de terciopelo azul ó negro: mas nuevas son las jerezanas, especie de zuava muy abierta y corta, como que por detrás no llega al talle, y que solo se sujeta por delante con un boton en el escote.

El invierno es época de casamientos, y como traje de novia, puede recomendarse uno de muaré blanco, con un volante en la falda, formando ondas, y sobre él, en la misma direccion, un adorno de trencilla blanca de seda, con borlas en los ángulos. La manga es correspondiente, y el cuerpo, alto y cerrado, de hechura de chaleco.

Los abrigos componen en la generalidad el traje de calle: entre la infinita variedad de sus formas, nos ha llamado la atencion uno llamado MALTESA, que figura con bastante propiedad el manto de un caballero: es de una sola pieza, y se necesitan sobre cuatro varas de paño labrado negro: lleva una costura en la espalda, y esta y el delantero van cosidos á un canesú, que hace punta por delante y por detrás, bordado de trencilla, y cubierta la costura que lo une á la capa por un plegado de grós negro. La capa forma dos pliegues en la espalda, que se sostienen con una roseta de pasamanería en forma de cruz.

Para niñas los abrigos de mas novedad son la polonesa de seda negra, ó el cuello ó rotonda de paño de Damas, bordado de trencilla negra.

Nuestras lectoras verán la forma de unos y otros

abrigos en la lámina que acompaña, y que aunque no debia repartirse mas que á la edicion de tres figurines, lo hacemos á las demás, como regalo de fin de año, á nuestras amables y consecuentes suscriptoras.

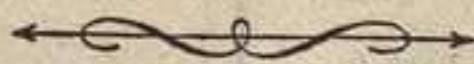
Explicacion del Figurin de detalles, núm. 691 bis.

- NUM. 1. *Cofia* de tul blanco moteado con ruló blanco á la cara guarnecido de puntilla negra; una blonda negra rizada adorna la cofia al lado derecho, y al izquierdo una flor rosa entre blonda y lazadas de cinta azul. Una banda de tul blanco con puntilla negra sirve de bridas.
- NUM. 2. *Gorra bretona* de muselina blanca adornada de una tira de muselina orillada de un *valenciennes*, cuya tira por delante va prendida de trecho en trecho por ramaje, y termina á cada lado con un lazo: un grupo de ramaje con flor capuchina adorna la parte superior.
- NUM. 3. *Fanchon Eugenia*, de imitacion moteada, guarnecida de blonda: una escarapela de cinta lila va al lado derecho, y otra sirve de broche para cerrar las caidas debajo de la barba.
- NUM. 4. *Chaquetilla figara* de terciopelo ó cachemir, bordada con trencilla, y con solo hombrera en lugar de manga. Esta prenda se coloca sobre una camiseta formada de bullones y *valenciennes*, cuya manga larga termina en un puño semejante.
- NUM. 5. *Cuello* alto por detrás con las puntas vueltas, bordado y con dos guarniciones rizadas.
- NUM. 6. *Cuello* bordado, con aplicaciones de tul de Bruselas sobre muselina, y guarnicion encañonada al canto.
- NUM. 7. *Camisolin* con cuello alto por detrás y vuelto por delante, con ramos bordados en las puntas y guarnicion alrededor.
- NUM. 8. *Camisolin* con cuello alto, formado por dos guarniciones encañonadas puestas en un puño.
- NUM. 9. *Manga* correspondiente al cuello núm. 5.
- NUM. 10. *Manga* correspondiente al cuello núm. 6.
- NUM. 11. **TRAJE DE NIÑA.**—*Vestido* verde, con un terciopelo al canto de la falda, que remata por arriba en puntas ó almenas en forma de cruz. *Cazadora* de terciopelo negro, guarnecida de astracan ó felpa, con ojaladura de pasamanería de arriba á abajo. *Cuello* alto y mangas de nansouk. *Sombrero* marinero de fieltro, con lazos de terciopelo verde y plumas del mismo color.

AURORA PEREZ MIRON.



À LAS SUSCRITORAS.



La empresa del CORREO DE LA MODA ha adquirido la propiedad del periódico LA EDUCANDA. Nada habria sido mas conveniente á sus intereses que reunir en el CORREO las dos publicaciones, pero éstas, aunque de un mismo género, difieren sin embargo en algunos puntos esenciales.

EL CORREO DE LA MODA, que cuenta doce años de existencia, y cuyas Revistas de Modas, copiadas por todos los periódicos, le colocan en primer término de los de su clase, circula entre las señoras de alta sociedad, y siendo por sus condiciones especiales una publicacion de amena literatura, eco del movimiento literario y artístico, requiere artículos de una instruccion recreativa y elevada.

LA EDUCANDA, tan acreditada entre las madres de familia y directoras de colegios, en los dos años que cuenta de publicacion, está destinada, como mas jóven, á la instruccion religiosa, moral y científica de las señoritas, á cuya educacion no hay en España ningun otro periódico que se consagre.

Cada publicacion continuará, pues, en el año de 1863 con su título respectivo, aunque unidas en su esencia y partiendo de un centro comun, pudiendo considerarse LA EDUCANDA, en cierto modo, como una segunda edicion del CORREO.

En esta inteligencia, las suscripciones á la edicion de Labores del CORREO DE LA MODA, ó sea sin figurines, se cubrirán desde 1.º de Enero con LA EDUCANDA, cuya redaccion nos parece mas á propósito para las señoras maestras y señoritas aplicadas.

Bien hubiéramos querido que las dos publicaciones se repartieran unidas á todas las suscriptoras; pero esto habria requerido un aumento de precio, y no entra en nuestro cálculo alterar en esta parte las condiciones del CORREO: dejaremos al arbitrio de las suscriptoras á éste el obtener LA EDUCANDA sin grabados de Labores, puesto que serán los mismos que los del CORREO, por un precio tan módico, que apenas cubre el coste del papel y tirada: es decir, seis reales por tres meses; doce por seis, y veinte por un año. Completa de esta manera la publicacion tiene condiciones de INSTRUCCION Y RECREO, que no reúne ningun otro periódico de España, ni aun del extranjero.

Una mejora vamos á establecer en el CORREO desde 1.º de Enero, y es añadir en las cubiertas una *Guia de los compradores en Madrid*, tan útil á las señoras, y que nos han pedido muchas suscriptoras: en ella serán incluidos *gratis* todos los establecimientos mercantiles é industriales que estén suscritos al periódico por un año, ventaja para ellos de inmensa consideracion, atendida la grande circulacion del CORREO DE LA MODA entre la alta aristocracia y clases ricas y acomodadas.



Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña,



Correo de la Moda.

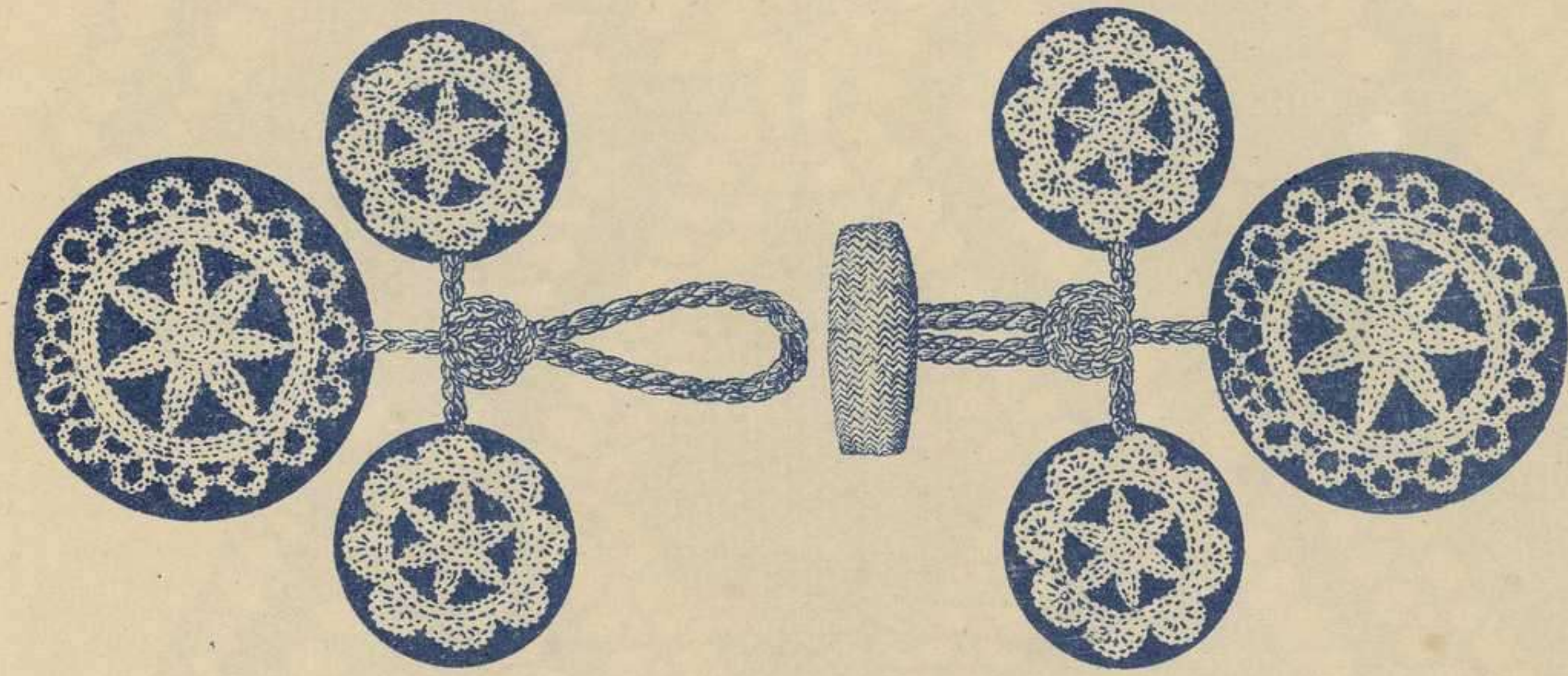
Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

Diciembre de 1862

La en-
 quido la prop-
 da. Nada habria si-
 tereses que reunir en
 caciones, pero estas
 nero, difieren sin em-
 especiales.
 El Correo de la Moda, que
 de existencia, y que se
 has por todos los puntos
 en primer termino de los de su clase, circula
 las señoras de alta sociedad, y siendo por
 sus condiciones especiales una publicacion de
 literaria, eco del movimiento literario
 artistico, requiere estudios de una instruccion
 elevadas y elevadas.
 La Educacion de la familia, y de los
 de familia, y de los
 años que con-
 lindas, como mas
 gios, moral, y
 ya educacion no
 periodico que
 Cada publicacion com-
 año de 1862, y que
 unidas en un tomo y
 comun, publica
 en cinco tomos
 del Correo.
 En esta
 eccion de Labor
 se sin figurines, se
 con La Educanda, cuyo
 mas á propósito para
 y señoras aplicadas.

1



2



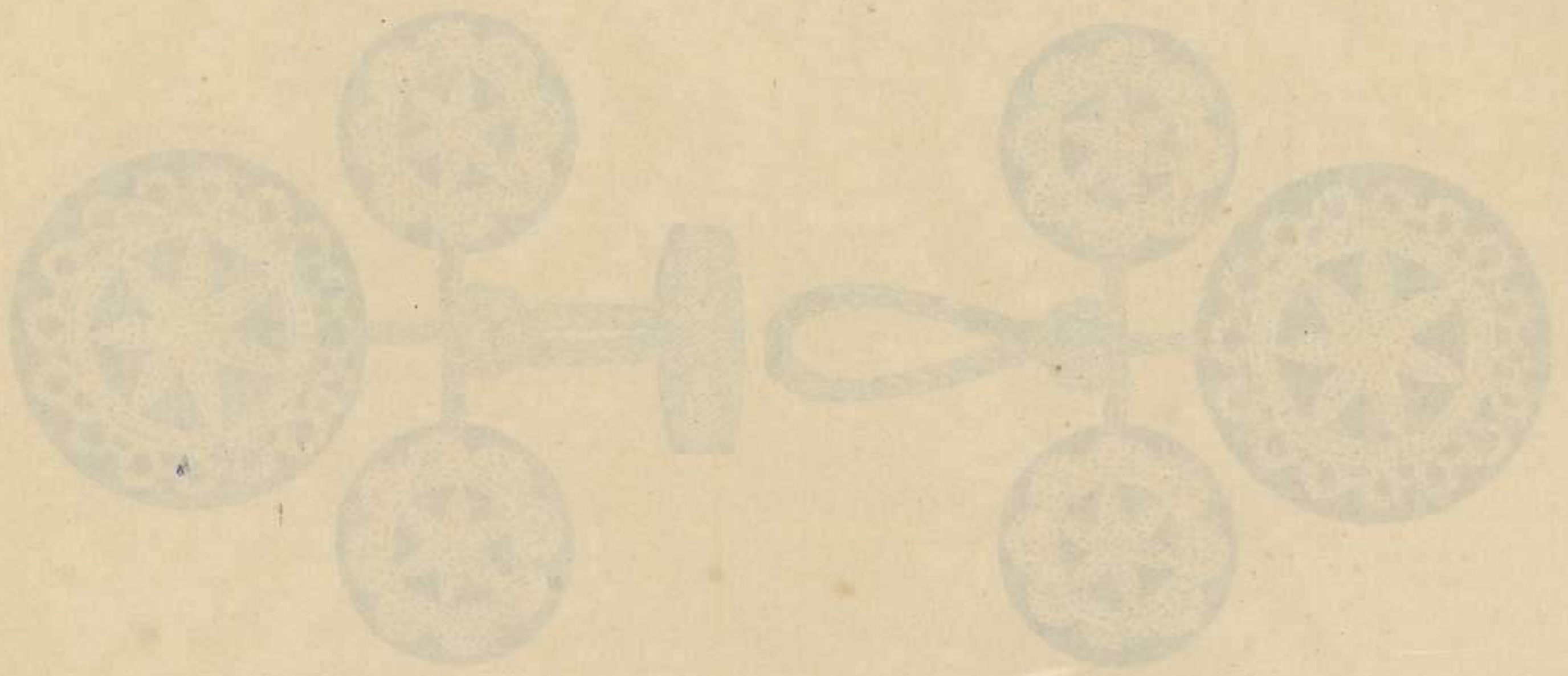
Diciembre de 1862.

Lil. de Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

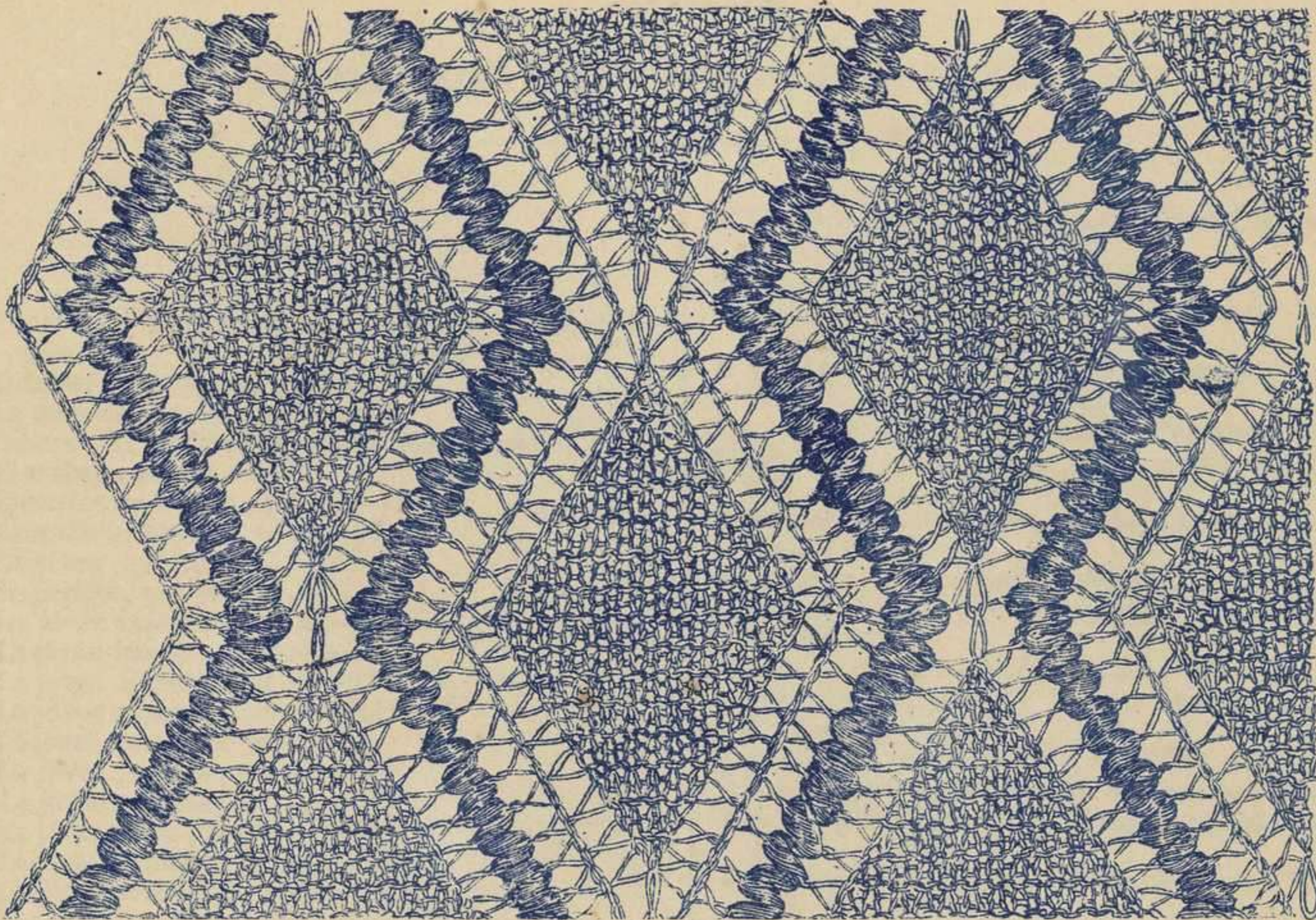
MADRID.



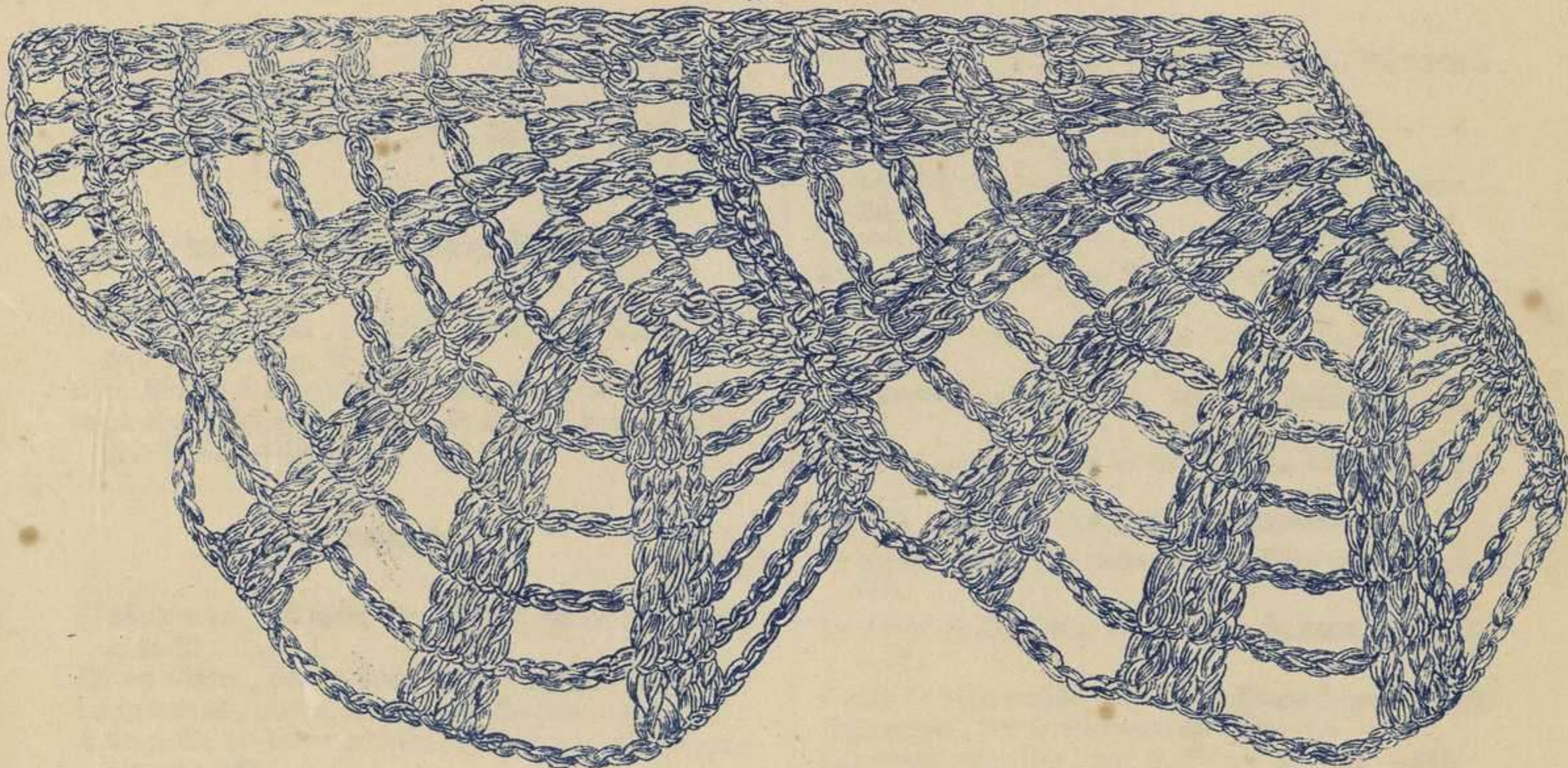
Centro de la Historia

de la Universidad de la Habana

1



2



Diciembre de 1862.

lit. de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DECIMO TOMO

INSTRUCCION

El porvenir de la mujer, por D. Antonio Pirala. — 74-75
Sistemas de enseñanza, por id. — 17.
La medicina casera, por id. — 23.
Deberes del hombre y la mujer, por id. — 41.
El trabajo, por id. — 57.
Ejemplos de familia, por id. — 73.
Episodio histórico, por id. — 89.
La joven, por id. — 97.
Jesucristo, por id. — 107.
La joven española, por id. — 118.
La joven francesa, por id. — 121.
La joven inglesa, por id. — 127.
La joven alemana, por id. — 143.
La joven rusa, por id. — 158.
La joven italiana, por id. — 161.
La joven asiática, por id. — 169.
La joven china, por id. — 177.
La joven africana, por id. — 187.
La joven americana, por id. — 193.
Las jóvenes, por id. — 201.
La mujer, por id. — 209.
Historia del tul, por id. — 217.
La Natividad de Jesucristo, por id. — 259.

CANTAS A JULIA

Por doña Ángela Grassi. — Págs. 113, 122, 129, 138, 148, 151, 162, 170, 178, 180, 191, 202, 210, 218, 222, 233, 241, 249, 257, 265, 278, 281, 289, 297, 305, 312, 321, 329, 337, 345, 358, 361, 370, 377.

ESCRITORAS ESPAÑOLAS

Doña Rogelia Leon, por doña María del Pilar Sinués de Marco. — Pág. 29.
Doña Emilia Serrano de Wilson, por id. — 77.
Doña María del Pilar Sinués de Marco, por doña Ángela Grassi. — 81.

POESIAS

El año nuevo, por doña Emilia Mijares de Real. — 74-75.
En un álbum, por D. Juan A. de Viedma. — 10.
La juventud, por B. Manuel del Palacio. — 18.
A un padre en la muerte de su hijo, por doña Ángela Grassi. — 26.
En el álbum de Luisa, por doña María del Pilar Sinués de Marco. — 37.
Balada, por D. Rafael Serrano y Alcázar. — 42.
La mujer, por D. Eugenio Martínez Cuadros. — 50.
Dos mariscos, por D. Antonio Arnao. — 58.
Soneto, por D. Eduardo de Lustand. — 63.
El orgullo, por D. M. B. Aroniz. — 67.
El rey y el traidor, por D. E. Hernández. — 71.

El álbum de la vida, por D. José González de Tejada. — 82.
Balada, por D. E. Hernández. — 90.
A un rayo del sol, por doña Emilia Serrano de Wilson. — 98.
A la joven poetisa doña Alejandra Argüelles Total, por doña Ángela Grassi. — 103.
Las siete palabras, por D. Carlos Frontaura. — 108.
Gloria a Dios en la altura, por D. Pedro de Vera. — 116.
A un Doncel de noche, por doña Joaquina G. Balmaseda. — 123.
Seguillas, por D. José González de Tejada. — 126.
A una Maravilla, por doña María del Pilar Sinués y Marco. — 131.
Plegaria, por D. Amós Escalante. — 140.
Al distinguido conde D. Manuel Montaut, por doña Emilia Mijares de Real. — 148.
Instabilidad, por doña María de Silva. — 153.
Las dos torres, por D. Juan A. de Viedma. — 164.
A la primavera, por D. Timoteo García del Real. — 172.
A una mariposa, por D. José María Gómez Noriega. — 180.
A Elisa, por D. F. J. Simoner. — 187.
Al traidor, por D. Rafael Serrano y Alcázar. — 196.
La flor del pensamiento, por D. F. J. Simoner. — 203.
Esquivas y castigo, por D. Antonio Arnao. — 211.
A Asturias, por doña Emilia Mijares de Real. — 220.
En el álbum de una joven poetisa, por doña Elena G. Avellaneda. — 227.
El Katio, por D. Pedro de Vera. — 236.
A la patria del mar, por doña Joaquina G. Balmaseda. — 237.
La canción, por D. Antonio Arnao. — 243.
Balada, por D. Eduardo Hernández. — 252.
Diques amores, por D. Rafael Serrano y Alcázar. — 259.
Un recuerdo en el mar, por D. F. T. Martínez. — 267.
La juventud, por doña Emilia Serrano de Wilson. — 271.
La vida del campo, por doña Emilia Mijares de Real. — 282.
Cuadro de familia, por D. Ventura Ruiz Aguilera. — 291.
Noches oscuras y noche clara, por D. Timoteo García del Real. — 298.
A S. M. la Reina, por D. F. J. Simoner. — 307.
El cementerio, por doña Emilia Mijares de Real. — 317.
La devoción del Santo Rostro, por D. Juan A. Viedma. — 322.
Canto de bienvenida, por D. Antonio Arnao. — 330.
Melancolía, por D. Eugenio de Olavarría. — 339.
Las hojas amarillas, por D. Pedro de Vera. — 346.
A la Virgen Inmaculada, por D. Antonio Arnao. — 353.
Lamentos de una madre, por D. Enrique del Castillo y Alba. — 363.
Reio de Aben-Abdallah, por don Rafael Serrano y Alcázar. — 370.
Al año nuevo, por doña Emilia Serrano de Wilson. — 378.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DÉCIMO TOMO.

INSTRUCCION.

- El porvenir de la mujer, por D. Antonio Pirala.—Página 1.
Sistemas de enseñanza, por id.—17.
La medicina casera, por id.—25.
Deberes del hombre y la mujer, por id.—41.
El trabajo, por id.—57.
Ejemplos de familia, por id.—73.
Episodio histórico, por id.—89.
La jóven, por id.—97.
Jesucristo, por id.—105.
La jóven española, por id.—113.
La jóven francesa, por id.—121.
La jóven inglesa, por id.—137.
La jóven alemana, por id.—145.
La jóven rusa, por id.—153.
La jóven italiana, por id.—161.
La jóven asiática, por id.—169.
La jóven china, por id.—177.
La jóven africana, por id.—185.
La jóven americana, por id.—193.
Las jóvenes, por id.—201.
La mujer, por id.—209.
Historia del tul, por id.—217.
La Natividad de Jesucristo, por id.—369.

CARTAS Á JULIA.

- Por doña Ángela Grassi.—Págs. 115, 122, 129, 138, 146, 154, 162, 170, 178, 186, 194, 202, 210, 218, 225, 233, 241, 249, 257, 265, 273, 281, 289, 297, 305, 313, 321, 329, 337, 345, 353, 361, 370, 377.

ESCRITORAS ESPAÑOLAS.

- Doña Rogelia Leon, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—Pag. 29.
Doña Emilia Serrano de Wilson, por id.—77.
Doña María del Pilar Sinués de Marco, por doña Ángela Grassi.—84.

POESÍAS.

- El año nuevo, por doña Emilia Mijares de Real.—Página 2.
En un album, por D. Juan A. de Viedma.—10.
La juventud, por D. Manuel del Palacio.—18.
A un padre en la muerte de su hijo, por doña Ángela Grassi.—26.
En el album de Luisa, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—35.
Balada, por D. Rafael Serrano y Alcázar.—42.
La mujer, por D. Eugenio Martínez Cuende.—50.
Dos mancebos, por D. Antonio Arnao.—58.
Soneto, por D. Eduardo de Lustonó.—63.
El orgullo, por D. M. R. Arroniz.—67.
El rey y el ruisenior, por D. E. Hernandez.—74.

- El album de la vida, por D. José Gonzalez de Tejada.—82.
Balada, por D. E. Hernandez.—90.
A un rayo del sol, por doña Emilia Serrano de Wilson.—98.
A la jóven poetisa doña Alejandra Argüelles Toral, por doña Ángela Grassi.—103.
Las siete palabras, por D. Carlos Frontaura.—108.
Gloria á Dios en la altura, por D. Pedro de Vera.—116.
A un Dondiego de noche, por doña Joaquina G. Balmaseda.—123.
Seguidillas, por D. José Gonzalez de Tejada.—126.
A una Margarita, por doña María del Pilar Sinués y Marco.—131.
Plegaria, por D. Amós Escalante.—140.
Al distinguido oculista D. Manuel Montaut, por doña Emilia Mijares de Real.—148.
Inestabilidad, por doña Micaela de Silva.—155.
Las dos rejas, por D. Juan A. de Viedma.—164.
A la primavera, por D. Timoteo García del Real.—172.
A una mariposa, por D. José María Gomez Noriega.—180.
A Elisa, por D. F. J. Simonet.—187.
Al ruisenior, por D. Rafael Serrano y Alcázar.—196.
La flor del pensamiento, por D. F. J. Simonet.—203.
Esquivez y castigo, por D. Antonio Arnao.—211.
A Astúrias, por doña Emilia Mijares del Real.—220.
En el album de una jóven poetisa, por doña Elena G. Avellaneda.—234.
El Estío, por D. Pedro de Vera.—226.
A la orilla del mar, por doña Joaquina G. Balmaseda.—235.
La cancion, por D. Antonio Arnao.—243.
Balada, por D. Enrique Hernandez.—252.
Dulces amores, por D. Rafael Serrano y Alcázar.—259.
Un recuerdo en el mar, por D. T. Martinez.—267.
La juventud, por doña Emilia Serrano de Wilson.—274.
La vida del campo, por doña Emilia Mijares de Real.—282.
Cuadro de familia, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—291.
Noche oscura y noche clara, por D. Timoteo García del Real.—298.
A S. M. la Reina, por D. F. J. Simonet.—307.
El cementerio, por doña Emilia Mijares de Real.—315.
La devocion del Santo Rostro, por D. Juan A. Viedma.—322.
Canto de bienvenida, por D. Antonio Arnao.—330.
Melancolía, por D. Eugenio de Olavarria.—339.
Las hojas amarillas, por D. Pedro de Vera.—346.
A la Virgen Inmaculada, por D. Antonio Arnao.—355.
Lamentos de una madre, por D. Enrique del Castillo y Alba.—363.
Reto de Aben-Abdallah, por don Rafael Serrano y Alcázar.—370.
Al año nuevo, por doña Emilia Serrano de Wilson.—378.

NOVELAS y LEYENDAS.

- La hermana menor, por don E. Hernandez.—Páginas 3, 10, 18.
 La desposada del marino, por doña Francisca Carlota del Riego y Pica.—13, 20.
 Una aventura de Alfieri, por D. Ignacio Virto.—27, 36, 43, 51, 59.
 La víspera de la boda, por doña Joaquina G. Balmaseda.—45.
 La máscara negra, por doña Angela Grassi.—61, 69.
 Las tres hilanderas, por D. José Sanchez Viedma.—63.
 Una mujer al agua, por don E. M. Cuende.—68, 75, 83.
 Quien escucha su mal oye, por doña Angela Grassi.—91, 99.
 Marta la orgullosa, por D. Ignacio Virto.—93.
 Las animaladas de Perico, por D. Antonio de Trueba.—116, 124.
 La madre de los pobres, por E. Blancas.—132.
 El cirujano de marina, por don R. R. de Mendoza.—141, 149, 156, 164, 173, 181, 188, 196.
 Las peras del buen cristiano, por don E. Blancas.—204.
 Un episodio de la batalla de Aboukir, por E. Hernandez.—204.
 Por una rosa, por don E. Hernandez.—212.
 La ballena del Manzanares, por D. Antonio de Trueba.—235.
 La muda, por D. José María de Larrea.—243, 252, 259, 268, 275, 283, 292.
 El agua mansa, por don E. Blancas.—299, 308, 315.
 El buen camino, por D. José María de Larrea.—316.
 La flor del Castellar, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—323, 332, 339.
 Viva y muerta, por don E. Hernandez.—347, 355, 364.
 Herodías, por doña María Mendoza de Vives.—372.
 Una Corona de flores, por don José M. de Larrea.—379.

VARIEDADES.

- El Pratolino, por doña Angela Grassi.—Pág. 5.
 El Carnaval, por D. Pedro de Vera.—65.
 El Paje, por D. José Sanchez Biedma.—79.
 Vista general de Monserrat, por D. Antonio Flores.—101, 109, 133, 142.
 Jerusalem, por doña Angela Grassi.—106.
 Las Bibliotecas en la antigüedad, por E. Blancas.—127.
 La caza del hombre, por doña Cármen Tamarit de Flamant.—157.
 Subir á la torre, por don A. Arnao.—221, 227.
 Los poetas coronados, por don E. Hernandez.—223, 227.

- Las Catacumbas de Roma, por don E. Hernandez.—229.
 La caza del Cocodrilo, por E. Blancas.—230.
 El colegio de Saint-Cyr, por id.—238, 246.
 Las Huelgas, por don A. Pirala.—239.
 Carta del tio Romance, á D. Antonio de Trueba, por Fernan Caballero.—251.
 Una excursion al nacimiento del Ebro, por doña Joaquina G. Balmaseda.—254.
 Ya no hay distancias, por don A. Flores.—261, 269.
 Las literas en Roma, por don E. Hernandez.—277.
 Un marido cócora, por don C. Frontaura.—284.
 El beso, por don E. Blancas.—295.
 Lóndres y la Exposicion, por don A. Pirala.—301, 318, 325.
 La roca de las siete vírgenes, por don A. Pirala.—333.
 La Orden de la Banda, por don A. Pirala.—340.
 El abanico, por don E. Blancas.—350.
 La pluma y el tintero, por doña Joaquina García Balmaseda.—366.

REVISTAS.

- Revista de año nuevo, por D. Pedro de Vera.—Página 8.
 Revista general, por Josefina.—9, 49 y 81.
 Id. de Madrid, por Carolina.—33.
 Reseña musical, por D. Antonio Arnao.—95.
 Revista semanal, por doña María de la Paz.—113, 175.
 Bibliografía, por D. P. de V.—168.
 Concurso de declamacion, por D. Antonio Arnao.—199.
 Bibliografía.—Un libro para mis hijos, por D. A. Pirala.—293.
 Revista de Madrid, por doña Aurora Perez Miron.—311.
 Id. id. por P.—320.
 Exposicion de Bellas Artes, por D. José María Larrea.—326.
 Necrologia.—350.
 Revista de Madrid, por D. E. Hernandez.—361.

TEATROS.

- Por D. Antonio Arnao.—Págs. 15, 23, 31, 39, 47, 54, 71, 87, 118, 151, 159, 182, 190.
 Por D. Diego Rivera.—263, 271, 286, 303, 310, 319, 334, 342, 357, 374, 381.

LABORES.

- Por doña Joaquina García Balmaseda.—Págs. 7, 22, 38, 53, 70, 86, 104, 119, 135, 150, 167, 183, 200, 215, 231, 247, 264, 279, 295, 311, 328, 342, 351, 358, 367, 375.